

Dos visiones contrapuestas de Navarra a mediados del siglo XIX

ESTEBAN ORTA RUBIO

No podrían aceptarse como verdaderas en los momentos actuales aquellas palabras que Foulché —Delbosc deslizó, hace poco menos de cien años, en el prólogo de su libro "Bibliographie des Voyages en Espagne et en Portugal". Se lamenta el erudito autor francés: *"Los relatos de viajes son una fuente preciosa de informes de todo tipo, a los cuales se les ha dado poco valor hasta aquí, y sería una gran torpeza el dejarlos por mas tiempo sin sacarles todo su jugo"*.

Y es que en los diez o quince últimos años asistimos a un "boom" de literatura de viajes retrospectiva. Se exhuman y editan en castellano obras largo tiempo sepultadas en el olvido, a la vez que se multiplican las tesis y trabajos de los especialistas. Quizá no sea ajeno a este movimiento, el actual "estado de las autonomías" que potencia el deseo de conocer nuestras raíces. Sirva de ejemplo el desmenuzamiento que cierta editorial ha hecho de la obra completa de Richar Ford, editándola separadamente por comunidades autónomas.

En Navarra este deseo de revisar y sacar a la luz los relatos de viajeros ha tenido menos eco que en otras partes. Es verdad que existe una obra trascendental: *"Navarra en las literaturas románicas"* del P. Ignacio Elizalde, que ha desbrozado el camino y que José María Iribarren publicó hace bastantes años: *"Pamplona y los viajeros de otros siglos"*, sin embargo faltan estudios sectoriales por épocas, nacionalidades o cualquier otro ángulo desde el que pueda iniciarse un análisis en profundidad.

No deja de ser significativo el abandono en que permanece esta parcela de las fuentes históricas, que las ponencias y comunicaciones presentadas al reciente II Congreso General de Historia de Navarra, celebrado en 1990 en Pamplona, ni una sola ha rozado el tema de los viajeros.

Por ello, como una muestra del interés que pueden tener no sólo para el historiador sino para el lector curioso, he traído a las páginas de este revista dos vivencias contrapuestas sobre una misma tierra: el centro y sur de Navarra. Ambos viajeros tienen varios puntos en común: están dentro del periodo romántico, se hallan en posesión de una cultura universitaria y sienten una

fuerte atracción por las cosas de España. Sin embargo, sus relatos difieren de tal manera que diríamos tratan de paisajes y gentes diferentes.

El francés: Justino Cenac-Moncaut, como muchos de sus compatriotas es capaz de sentir la magia andaluza ya en Fuenterrabía. Es decir, ve aquello que desea ver. Está impregnado de los relatos de Víctor Hugo, de Merimé o de Teófilo Gautier.

El inglés: George E. Street, más frío y flemático, algunos años más joven y menos influenciado quizá por el romanticismo, llega a penetrar mejor en el alma de la España interior, tan distinta de la andaluza o de la mediterránea. De ahí sus prudentes consejos sobre cuándo visitarla y cuál debe ser la actitud del viajero ante las tierras y hombres con los que topa.

A pesar de todo, ambos relatos se complementan y de ellos puede extraerse no sólo cómo veían a los navarros del siglo pasado sino que su descripción puede completar otras fuentes que los historiadores hemos utilizado casi en exclusiva.

JUSTINO CENAC-MONCAUT

Pasado el ecuador del siglo XIX llegó a Navarra Justino Cenac-Moncaut. Si exceptuamos a José Branet, aquel sacerdote francés huido de la Revolución Francesa y que se refugió temporalmente en Tudela, nadie ha dejado una descripción más extensa de la Ribera y sus gentes. También era de nación francesa, pues había nacido en Saint Elix (Gers) el mismo año que acababa la Guerra de la Independencia española: 1814.

Fue Justino Cenac-Moncaut un personaje importante en su tiempo; a la vez literato, historiador y arqueólogo, así como miembro de varias academias. Hispanista muy aficionado a las cosas de España, recibió el título de Caballero de la Orden de Carlos III. Murió en 1871.

La atracción por España le llevó a varios viajes, fruto de los cuales son numerosos libros cuyo tema principal lo constituyen los Pirineos y regiones adyacentes, tanto de Francia como de España.

A Navarra le dedicó varios libros, entre los cuales destaca: "*Voyage archéologique dans l'ancien royaume de Navarre*" (París, 1857), que constituye una fuente abundosa sobre el estado de los monumentos de Navarra intercalados con multitud de anécdotas, costumbres y sucesos curiosos.

Más adelante, en 1861, publicó, como resultado de un viaje desde Guipúzcoa a Cataluña, un libro con sugestivo título: "*L'Espagne inconnue*". El libro ha sido traducido al español por Jaime del Burgo con el título: "*La aventura hispánica de los viajeros del siglo XIX y la España desconocida de Cenac-Moncaut*".

Es, según Ignacio Elizalde, "un libro atrayente, curioso, interesante, con numerosas escenas y anécdotas de la vida", pero lleno a veces de exageraciones y de visiones deformadas de la realidad.

El viaje debió realizarlo a finales de la década de los años cincuenta, pero siempre antes del verano de 1858, fecha en que comenzaron las obras del fe-

1. Fue editado por Editorial Gómez en Pamplona, el año 1963.

rrocarril Zaragoza-Pamplona, que incluían necesariamente importantes trabajos de infraestructura de los que el viajero no hace mención alguna. Es imposible que no hubiese visto las obras que se desarrollaban en varios puntos a la vez. Sabemos por el corresponsal del periódico bilbaíno *"Irurac-Bat"* (2 de julio de 1859), que en esta fecha estaban ya terminados treinta kilómetros del tramo Tudela-Pamplona y otros cuarenta a punto de concluir. Por otra parte, él mismo cuenta que entre Elizondo y Pamplona, se cruzó con toros bravos que, desde la Ribera, eran conducidos andando hasta las plazas de Bilbao y San Sebastián. Esta forma de traslado tradicional, lenta y peligrosa, concluyó al construirse el ferrocarril.

Atendiendo a las sugerencias de Ford que en su libro *"Hand book for travellers in Spain"* recomendaba visitar Navarra en verano, tomó la diligencia en San Sebastián y a través de Lesaca y Elizondo, llegó a Pamplona. Todo fue bien mientras se mantuvo en las frondosas tierras de la Montaña pero, conforme avanzaba hacia el sur, pronto comprendió su *error*.

La Ribera

A partir de Olite y Tafalla, cuyas tierras califica de "ricas", todo le pareció desagradable. Caparroso es para él: *"un pueblo horrible, (situado) en el límite de este desierto espantoso"*. Se refiere, por supuesto, a la Bardena, que recibe los calificativos más duros e hirientes: *"Horribles soledades... monótona soledad... llanura estéril.."*. Incluso llega a decir que *"la Tebaida tenía que ser un lugar privilegiado si se le compara con el desierto de las Bardenas"*.

El calor, el polvo, el paisaje sin árboles, le ponen de tan mal humor que hasta las ovejas y pastores le repelen.

"No se ven allí más que rebaños de ovejas trashumantes, con sus pastores medio salvajes y sus perros que lo son todavía más. Para subir la cuesta de Ntra. Sra. del Yugo el conductor y el postillón descienden de la diligencia. Dos de estos canes los divisan y corren hacia ellos con tantas ganas de morder que nuestros hombres, lejos de oponer resistencia, corren espantados y se refugian en el carruaje".

Por fin desde las alturas de la ermita de la Virgen del Yugo, contempla la llanura irrigada por el Ebro. Pero el sol de la Bardena le ha ofuscado tanto la vista que ni siquiera es capaz de ver los sotos que jalonan las riberas del gran río.

"A diez o doce kilómetros, se desliza el Ebro, cuyos márgenes carecen de arbolado"².

Nada cambió su humor al atravesar el valle, camino de Tudela. Ni siquiera la vista de los toros bravos de las famosas ganaderías de Pérez de Laborda y Carriquiri, que pastaban en estos campos. La tierra le parece maldita.

"La maldición que pesa sobre este país es tan grande que ni siquiera produce piedra... Las casas se construyen con tierra cocida o con tierra cruda".

2. El Diccionario de Madoz, publicado unos años antes, señala la existencia, sólo en el término de Tudela, de dos grandes sotos: *Ciordia y Vergara*. Ambos "con muchos álamos blancos y olmos".

Tudela

Únicamente la perspectiva de descansar en Tudela, alegraba las penalidades de tan ingrato viaje.

"Pronto aparece Tudela en la lejanía con sus campanarios de ladrillo rojo, adornados de vidrieras con distintos dibujos resplandecientes al sol. Entráis en la huerta regada por el canal. Los magníficos olivares, los maíces y los trigos, las legumbres y los árboles frutales forman con las soledades que los rodean, el contraste de un oasis del desierto".

Como buen arqueólogo llama su atención la fábrica del puente sobre el Ebro: *"Una de las creaciones mas extrañas y pintorescas que el hombre ha realizado sobre las aguas de un río"* a la que dedica una prolija descripción acompañándola de su historia. Como curiosidad destaca una especie de parapeto que por el lado norte recorre el puente *"en toda la longitud de su obra y sigue los entrantes de los pilares para proteger de los vientos el camino. Antaño desempeñó un papel mas belicoso. Estaba provisto de aspilleras que permitían a los arqueros disparar contra el enemigo"*.

Pero no es esto lo más pintoresco de él.

"Dos toscas edificaciones se levantan en los pilares décimo quinto y décimo sexto y forman una especie de tejadillo por encima de la vía, a la que cubren de lado a lado con gran estorbo para los carruajes de alta carga. Estas construcciones fueron primitivamente molinos de trigo..."

Acaba dándonos una impresión negativa:

"En la actualidad, desprovisto de todas las rentas que la prudencia de las generaciones precedentes le había atribuido, está abandonado a las mas extrañas degradaciones. El parapeto, despojado de sus piedras de protección, no presenta mas que sillares en ruinas constantemente desgastados por los ejes de las ruedas... Tal es el monumento que provocó la admiración de los antiguos habitantes de Tudela hasta el punto... que lo incorporaron a su escudo"³.

A poco se adentra en la ciudad. Seguramente es hora de la siesta y apenas encuentra alma viviente.

"Nunca se me apareció una ciudad con un aspecto mas triste y lúgubre... Sobre una vasta plaza, creo que es la de toros⁴, la mayor parte de los balcones, formados por tablas con soportes de hierro, estaban retorcidos y amenazaban la cabeza, de los transeúntes. Únicamente tres rapaces que jugaban a las bochas rompían la soledad de esta triste plaza. Muy cerca de ellos un joven mendigo, cubierto de harapos, acababa de sufrir un ataque de epilepsia; su cabeza se bañaba en un mar de sangre y las carcajadas estremecían. Ni un agente de policía, ni un vecino caritativo pensaban en levantar al desgraciado. Abandono la plaza, sigo más adelante y heme aquí en la *Calle de la Muerte* y después en la de *Carnicerías*. Todo re-

3. En 1854, visto el deterioro del puente y lo gravoso que resultaba a las arcas municipales, el diputado foral, marqués de Fontellas, propuso al Ayuntamiento la cesión del mismo a la Diputación de Navarra para que ella acogiese el coste de mantenimiento y reparación. Sin embargo, parece que la idea no tuvo mucho éxito.

4. Evidentemente se refiere a la plaza de los Fueros, popularmente "Plaza Nueva" que desde 1841 no servía ya para corridas de toros. Por cierto, el año 1858 se habían ampliado los arcos que daban acceso a las calles: Dñ^a M^a Hugarte y la Carrera.

DOS VERSIONES CONTRAPUESTAS DE NAVARRA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

cuerda aún a la terrible Inquisición o a los arrestos no menos rigurosos de la Santa Hermandad".

Sin embargo de la impresión tan lúgubre y negativa del francés, Tudela tenía fama de alegre. Sin olvidarnos de sus fiestas, populosas y llenas de bullicio, la ciudad albergaba por esta época una notable vida artística que se plasmaba en conciertos y representaciones teatrales. Según Mariano Sáinz, el año de 1858, representaron en el teatro municipal cincuenta y seis obras, continuando la fiebre escénica en enero del año siguiente con otras veinte y dos. Unos meses después el maestro Gaztambide, en plena fama, dirigía un concierto en el mismo teatro de su ciudad natal.

Pero hay más, y esto es lo asombroso en una ciudad de tan pocos habitantes; entre los años 1851-1852 hubo temporada de ópera en Tudela, llegándose a desplazar desde Zaragoza "*la Alboni*", célebre soprano italiana, entre cuyos éxitos figuraba haber actuado en la inauguración del Teatro Real de Madrid en 1850⁵.

Pero volvamos con Cenac-Moncaut. Como el tiempo era bochornoso y para calmar un poco el ardor que sentía, acercóse al Ebro en busca de sombra y frescura. Pero estaba de los dioses que no encontrase cosa de su gusto en Tudela:

"El agua del río, cenagosa y amarillenta, más bien se arrastra que corre por la arena y su silencio rima con la tristeza del ambiente".

Menos mal que un grupo de jóvenes lavanderas ponían la nota alegre con sus chanzas y canciones. Pero el viajero seguía triste y mohíno. Ni la bravura de las jotas lograron levantar su ánimo.

"... esta música, bastante atrayente cuando preside, con el rumor de las castañuelas el balanceo de los bailarines, tenía un no sé qué de elegiaco y plañidero en medio del viento inexorable que rompía en jirones el canto de las lavanderas y lo arrastraba en medio de los torbellinos de polvo que me dejaban ciego".

En los días siguientes, más calmado, visitó las obras artísticas de la ciudad. Empero, de todas ellas salvó únicamente a la catedral a la que califica como "monumento notable"; olvidándose de la iglesia de la Magdalena cuya portada e interior había descrito extensamente en su anterior libro "*Voyage Archeologique...*".

Como no podía ser menos le llamó la atención la Puerta del Juicio, de la cual opina: "*Se podría escribir todo un libro sobre iconografía*". Incluso llega más lejos al afirmar que portadas como ésta sirvieron de inspiración a Dante para su Divina Comedia. Termina exclamando: "*¡Es un lujo, una ciencia inaudita de suplicios y torturas!*".

No obstante, al final encontró algo amable en Tudela. Entabló amistad con un boticario "*hombre gordo, pequeño y ancho, negro como un andaluz y velludo como un oso. Sus pobladas cejas unen sus arcos como dos bóvedas que se apoyan en una columna*".

5. "*Apuntes Tudelanos*", Tomo III, artículo: Teatro. Corroborando estos datos de Mariano Sáinz, ha aparecido un interesante trabajo de Francisco Sierra: "*El granero del Vínculo. El teatro público en Tudela durante el siglo XIX*" Revista Merindad de Tudela. Año 1991.

El farmacéutico, al que nombra *Velasquino M.*⁶, andaba metido en el terreno de la droguería, así como en la preparación de plantas medicinales. En aquellos momentos ensayaba una máquina, traída de Burdeos, para fabricar regaliz que luego exportaba a Europa⁷. Efectuaba por esta causa frecuentes viajes por Navarra y Aragón a fin de comprar el producto. Precisamente por aquellos días debía acercarse hasta Sangüesa por lo que propuso a Cenac-Moncaut le acompañase. Aceptó éste encantado, tanto por el viaje, cuanto por salir de Tudela. Así:

"Montados en dos muías, con la compañía de un arriero de confianza, armado de una buena escopeta, según la precaución habitual de los aragoneses... volvemos a subir hacia las Bardenas a lo largo de las fronteras de Aragón... La región que separa Tudela de Sangüesa se parece mucho a la que se extiende de Caparoso a Tudela. Después de seguir por el centro de las Bardenas durante tres horas, se alcanza la cuenca del Aragón, en Carcastillo. Allí, el campo se anima, se puebla, se cubre de higueras, olivares. Seguidamente entramos en las viñas. Estamos en Sangüesa. Hemos pasado del desierto a un verdadero vergel..."

GEORGE. E. STREET (1862-1863)

Pocos años transcurrieron desde que CENAC-MONCAUT visitara la Ribera, cuando recaló por aquí un viajero inglés enamorado de la arquitectura y del arte medieval. George. E. Street, notable arquitecto, había nacido el año de 1824 en Woodford (Essex) y desde joven sintió el atractivo de los viajes, recorriendo media Europa estudiando los monumentos de la Edad Media. En 1855, como fruto de su estancia en Italia, publicó *"La arquitectura de mármol y ladrillo del norte de Italia"*.

El recorrido por España lo efectuó en tres años consecutivos, de 1861 a 1863. Estudios, visiones y experiencias, los plasmó en un libro cuya primera edición apareció en 1865, con el título: *"La arquitectura gótica en España"*. A pesar del gran éxito de ventas y de tratarse de amplio estudio sobre el arte español, el libro no se tradujo al castellano hasta 1926, año que lo publicó la Editorial Saturnino Calleja, S.A.

Fue Street un arquitecto muy solicitado en su época. En 1867 ganó el concurso para la construcción del Palacio de Justicia de Londres, que comenzó sus obras en 1874. Pero sobre todo se especializó en la construcción de edificios religiosos. Falleció lleno de gloria en 1881, mereciendo el honor de ser enterrado entre los hijos preclaros de Inglaterra, en la abadía de Westminster.

"La arquitectura gótica en España", el libro de Street, no es en manera alguna un árido estudio de monumentos, aunque ellos son en todo protagonis-

6. Posiblemente sea un nombre supuesto. Mis pesquisas para localizar a este personaje, tanto en el Archivo Municipal de Tudela, como en el Archivo Administrativo de Navarra, han sido infructuosas.

7. La industria del regaliz que, según Branet se mostraba floreciente a finales del siglo XVIII, decayó con las guerras napoleónicas y carlistas. El diccionario de Ochoa, publicado en 1842, ignora, para Tudela, fábrica alguna relacionada con esta planta.

DOS VERSIONES CONTRAPUESTAS DE NAVARRA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

tas, sino también un libro de viajes donde se observa la España real que rodea aquellos. Esto explicaría el éxito y que muchos extranjeros lo tuviesen por guía de viaje.

Dedica una buena parte del primer capítulo a dar prudentes consejos a los visitantes. Después de tres años de cruzar y patear las rutas menos trilladas de la Meseta, Navarra y Aragón, llega a la conclusión de que la época mejor para visitar la España interior es primavera y otoño.

"En conjunto y por experiencia propia, me inclino a recomendar el otoño como la estación mas favorable para España por ser el tiempo mas sentado en general que la primavera".

Aunque reconoce la belleza del paisaje en primavera, "*cuando los campos ostentan esplendoroso verdor, luciendo sus ondulantes mieses*".

Sabias palabras en las que jamás cita el estío, cuando la tierra aparece reseca, retostada y estéril. ¡Ay, si muchos de nuestros visitantes le hubiesen hecho caso, en vez de empeñarse en atravesar las Bardenas en pleno verano!

Descubre Street que el secreto para un buen viaje es adaptarse a las costumbres indígenas:

"Toda idea de costumbres y métodos ingleses se debe dejar en casa... (el viajero) si trata de introducir sus propias costumbres... sólo obtendrá incomodidades y disgustos".

A continuación pasa revista a los lugares donde acogerse:

"Los alojamientos en España varían gradualmente: desde la *posada*, con su acostumbrada taberna para la arriería, se pasa al *parador*, que supera a aquella en importancia, y donde, por lo común paran las diligencias; llegando por último, a las fondas, que corresponden en concepto a nuestros hoteles".

En ellos encuentra reparos:

"El gran inconveniente de las posadas consiste en que, salvo la ropa de las camas y la cara de las criadas, parece que jamás se lavó en ellas cosa alguna. Llevan el agua en jarras de las formas y contexturas más curiosas, esparcen unas cuantas gotas en el suelo del comedor para asentar el polvo secular; pero la limpieza en grado superior a tan modestas prácticas, es cosa desconocida".

La comida española, al contrario de otros ingleses que abominan de ella, le parece aceptable; destacando "la *olla podrida* manjar muy calumniado por los que, a mi juicio, no conocen a fondo sus excelencias y virtudes".

Empero hay algo que el arquitecto Street, hombre educado y selecto, no puede soportar: las pulgas y el infecto olor de las cuadras.

"... la entrada (*a la posada*) suele ser común a las mulas y a los huéspedes, y que, después de pasar la portalada o zaguán, infectado de pulgas, y donde la pestilencia es insoportable, echáis escaleras arriba para ver, después de salvarlas, que habréis de vivir, dormir y comer por cima de las mulas, y que al abrir la ventana (salvo en casos muy afortunados) hay que aspirar los perfumes de sus inmundas cuadras!

Por ello recomienda buscar acomodo en casas particulares "*en donde admiten huéspedes hasta por una sola noche y en ellas, por lo general, se puede confiar en la limpieza, no hay mulas y la cocina suele ser bastante buena*".

Como he señalado anteriormente, Street, viajó sucesivamente, en cortas temporadas desde 1861 a 1863. El mismo se lamenta de que fueron estancias rápidas que le impidieron observar con detenimiento ciudades y pueblos, atento solamente al objetivo primordial de su viaje: *los monumentos medievales*.

Navarra la visitó en dos ocasiones. La primera en 1862, como final de un trayecto que, comenzando en Gerona, pasó por Tudela, Olite y Pamplona, acabando en Bayona con los primeros calores del verano. La segunda, en otoño del año siguiente. Penetró por el Pirineo navarro y, desandando el recorrido anterior, salió por Tudela rumbo a Tarazona.

Primer viaje

Street podría ser el primer viajero, entre los que nos han dejado sus relatos, que utilizó el ferrocarril para acceder a la Ribera⁸. En su primera estancia venía remontando el Valle del Ebro desde Lérida. Pasó por Zaragoza y, a finales de mayo o primeros de junio de 1862, se internó en Navarra. El cómodo viaje en tren le dio tiempo para observar el paisaje:

"El amplio valle que recorre la vía férrea aparece cubierto de trigales que, cuando hice mi primera excursión mostraban opulenta cosecha. Al sur de Tudela asoman las grandes masas de la sierra del Moncayo, mientras por el lado norte se descubre en lontananza el gracioso perfil de los Pirineos cubiertos de nieve".

Tudela

Llegado a Tudela busco rápidamente la catedral dedicándole sus afanes; ni una sola palabra dedica a la ciudad. De las demás iglesias sólo le interesó la Magdalena, que describe brevemente. Realmente la visita a la capital de la Ribera fue muy corta, tanto que ni siquiera le dio tiempo de ver el famoso puente.

"Existe, según creo, un hermoso puente antiguo de diecisiete arcos sobre el Ebro, cerca de Tudela, y sentí mucho no poder ir a verle".

A pesar de todo la *catedral* le impresionó profundamente. Años después, cuando en la soledad de su despacho escribe el libro, la recuerda nítidamente y puede dedicarle estas elogiosas frases:

"Con toda seguridad puedo clasificar esta pequeña catedral de Tudela entre las mejores que mi buena suerte me haya deparado visitar en cualquier país del resto de Europa. Tanto en su iconografía como en la ornamentación escultórica, atesora riquezas que recompensarán con creces un examen más detenido que el que yo pude dedicarles".

La verdad es que Street fue de sorpresa en sorpresa. Primeramente llamó su atención, la sensación de amplitud pese a sus reducidas dimensiones:

8. El tramo de ferrocarril que unía Zaragoza con Pamplona, fue inaugurado por el rey consorte: Francisco de Asís el 17 de Septiembre de 1861. Con tal motivo hizo el recorrido entre las dos ciudades parando también en Tudela donde obtuvo un entusiasta recibimiento. (Mariano Sáinz: "*Apuntes Tudelanos*", artículo: Ferrocarril).

DOS VERSIONES CONTRAPUESTAS DE NAVARRA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

"(La *catedral es*) un excelente ejemplo de la capacidad que los arquitectos de la Edad Media poseían para producir una impresión de grandeza... logrando por completo el *efecto catedral* en un edificio de tamaño mucho menor que la generalidad de las catedrales de la época".

Por otra parte le desagradó que el edificio medieval apareciera tapado por casas y añadidos posteriores

"... otras muchas torrecillas y pináculos coronan las capillas que han ido brotando en torno al templo, las cuales, con la embrollada facha de sus recompuestos tejados, comunican a la catedral un aspecto extraño, informe y dislocado, que dista mucho de ser atractivo".

Al recorrer los exteriores y las calles "*que se retuercen y giran de un modo no poco extraño*", se dio de bruces con la *Portada del Juicio*. Una vez repuesto de su sorpresa, opinó:

"Conozco poca escultura del siglo XIII, ni aún en la misma Francia, que supere a esta bellísima obra, ni en parte alguna se encontrará otra que merezca ser admirada más sin reservas, ni con más méritos para enardecer nuestra emulación".

Con estos alicientes penetró en el interior del templo; mas éste, en gran parte, le decepcionó. Apenas habla del coro al que prácticamente ignora; en cuanto al magnífico *retablo del altar mayor* no le agradó mucho, opinando que la unión de pinturas, doseletes y pináculos "*no acaba de satisfacer a la vista, siendo evidente que hubiesen armonizado mucho mejor los relieves con la arquitectura del retablo*".

Mejor opinión le mereció "*el magnífico monumento sepulcral*" del Canciller Villaespesa, aunque se queja: "*ha escasa luz del interior no me permitió enterarme bien de los asuntos representados en los relieves*"⁹.

Ni una palabra de las capillas de Sta. Ana o del Espíritu Santo. Street en esto se mantenía estricto: aquello no era arte medieval. Pero la catedral de Tudela le reservaba otra sorpresa: "*El bellísimo claustro emplazado al sur de las naves del templo*". Desgraciadamente para él, el claustro en aquella época era sólo una sombra de lo que podemos admirar hoy. Sus arcos y relieves aparecían en gran parte tapados por muros, no obstante, aún acertó a ver algunos capiteles "*enriquecidos por follajes delicadísimos, o bien historiados, viéndose empleada con profusión la hoja de acanto*"¹⁰.

Tomó abundantes dibujos y croquis, algunos de los cuales le sirvieron para ilustrar su obra. Un plano de la catedral que indica en diferentes trazos

9- Como era de esperar, no hace mención de la talla románica de la Virgen Blanca, descubierta en su escondite de siglos: detrás del retablo del altar mayor, por los historiadores tudelanos: J.R. Castro y Francisco Fuentes, el año 1930. (M.C. García Gaínza y otros: "*Catálogo Monumental de Navarra. Tomo I. Merindad de Tudela*", pág. 259).

10. Al construirse en el siglo XVI el Palacio Deanal, se asentó parte de él sobre las crujeas del claustro. Por ello hubo este de ser reforzado, tapiando los espacios entre las columnas. No hace muchos años, la Institución Príncipe de Viana procedió a una cuidada restauración, cuyo resultado en palabras de Anne de Egry "es como un paseo que deleita al visitante, mientras lee las historias bíblicas de los capiteles historiados". {"*La escultura del Claustro de la Catedral de Tudela*". Príncipe de Viana, n.º 74-75, pág. 63-107).

las diversas épocas de construcción; una hermosa vista del presbiterio y transepto, junto al dibujo de un ángulo del Claustro, sirven para ilustrar las nueve páginas que Street, en su libro *"La arquitectura Gótica en España"*, dedica a Tudela.

A continuación se traslada rápidamente a la *Iglesia de la Magdalena*, describiéndola sucintamente. No le pasó desapercibida la ligera inclinación de la única nave, hacia el lado norte. La torre le pareció sencilla; gustóle mucho más *"la portada principal, de medio punto (que) es muy hermosa, mostrando en su tímpano la imagen sedente del Mesías, inscrita en un cuadrifolio y rodeada de emblemas de los cuatro evangelistas"*.

Mas el tiempo apremiaba si quería tomar *"un tren especial, puesto exclusivamente para los viajeros de una diligencia llegada de Madrid, y para el cual el jefe de estación me despachó billete galantemente"*.

Olite

Subido a él, emprendió viaje a Pamplona. Al pasar por Olite, sus iglesias de torres puntiagudas y las ruinas desoladas del castillo, le impresionaron vivamente; por ello decidió volver y recorrer detenidamente la población.

"Triste, desolada y ruinosa aparece hoy Olite" comenta consigo mismo mientras recuerda que otros tiempos la calificaron de *"flor de Navarra"*. Empero la descripción de sus iglesias y castillo es minuciosa. Termina afirmando:

"Olite es una lugarón mísero y escuálido, pero pueden aprovecharse allí unas cuantas horas, sobre todo en el castillo, que ha sido muy maltratado modernamente y que debiera ser estudiado y cuidadosamente dibujado antes de que se consume su destrucción"¹¹.

Avanzaba el mes de junio y aunque las cumbres de las montañas permanecían con nieve, el calor diurno presagiaba el verano. El viajero no gustaba que le cogiese el estío en países meridionales, por ello aceleró su visita a Pamplona. La cercanía del Pirineo le llenó de nostalgia por su tierra.

"Las vistas que se disfrutaban desde las murallas de Pamplona son sumamente agradables... Mientras mis ojos vagaban sobre ellas, empezaron mis pensamientos a encaminarse vehementemente hacia el terruño, y aún habiendo disfrutado mucho en aquella excursión por España, que terminaba con la visita a Pamplona, confieso que no tuvo para mí momento alguno mas agradable que aquel en que, mostrándome bastante ingrato con España, empezó a parecerme todo animado con la próxima perspectiva del regreso a la patria".

11. Estas palabras de Street, reflejan la triste situación del antiguo castillo-palacio de los reyes de Navarra. Su deterioro, principiado en el siglo XVI, se acentuó con el incendio de 1794 y la posterior destrucción por Espoz y Mina en plena Guerra de la Independencia. Afortunadamente, a partir de 1940, la Diputación Foral, con proyecto de José Yarnoz, emprendió la restauración que hoy vemos en plena realidad.

Para observar el estado del castillo por la época en que lo visitó Street, pueden observarse las láminas y fotografías que acompañan a la revista Panorama, nº 12, dedicada a la ciudad de Olite, cuyas autoras son Carmen Jusué y Eloisa Ramírez. Gobierno de Navarra. 1989. Pamplona.

Segundo viaje

Sin embargo, una vez en Inglaterra, al viajero le comía el recuerdo, la nostalgia de España. Al año siguiente, 1863, una vez pasados los ardores del verano, emprendió viaje a la península Ibérica. Este sí que resultaría el último. Entró por donde había salido la última vez, e hizo el recorrido inverso: Bayona, Pamplona y Tudela.

Si en la estancia anterior dejaba Navarra con "mares de mieses mecidas por el viento"; ahora, al llegar a Tudela y tomar la ruta del Queiles, camino de Tarazona, sucumbió al encanto de los olivos y viñas al sol. El objetivo inmediato lo componían las iglesias de la ciudad del Moncayo y la joya monástica de Veruela.

Dejó el ferrocarril en Tudela. Después, tomó la diligencia en la fonda de la Carrera y disfrutando del paisaje y bonanza del tiempo, se dirigió hacia la sierra del Moncayo. Al subir la empinada cuesta de Loreto no pudo menos de mirar por última vez a Tudela, donde la vez anterior había sentido tantas emociones artísticas.

"Mirando hacia atrás se contempla un paisaje admirable: Tudela, destacándose sobre los oscuros y áridos cerros que encauzan el Ebro, y, en lontananza, los Pirineos, mientras que en primer término se extiende una riquísima masa de verdes olivos y de viñedos exuberantes de vida".

Todo le parecía agradable al inglés, incluso supo disculpar la ignorancia atrevida de un compañero de viaje que quería hacer del Moncayo la montaña más alta de la península Ibérica.

"Entre Tudela y Tarazona solo media un agradable paseo de poco más de dos horas, a través de viñedos y olivares¹². Durante todo el camino descúbrese al frente la noble¹³ sierra de Moncayo: la más alta de la Península, según pretendía uno de mis compañeros de viaje, de cuya opinión me permití disentir humildemente, con manifiesto disgusto suyo. Tuviese o no razón aquel buen español, no se puede negar que es muy alta y que impresiona grandemente, por surgir aislada en una comarca relativamente llana"¹⁴.

Empapado en el paisaje apenas se distrajo con las poblaciones que atravesaba.

"Los pueblos del camino no ofrecen nada digno de mencionarse, excepto una iglesia de peregrinación, en Cascante, a la cual se sube por una larga galería cubierta, y en Montecadeo (*Monteagudo*) una torre de ladrillo, de tipo zaragozano".

Le extraña, y por eso lo menciona, que se esté construyendo un convento nuevo, cuando los frailes estaban en franca decadencia desde la Desamortización.

12. A la bonanza del viaje pudo contribuir el buen estado de la carretera. Comenzada en 1845, con el tramo Tudela-Cascante, sabemos estaba ya concluida en 1860.

13. Compárese el adjetivo "noble", con el epíteto "siniestro" que le dedica Richar Ford.

ESTEBAN ORTA RUBIO

"También pasamos por un convento de frailes recientemente establecido, que se está construyendo a pesar de las calamidades que sobre ellos han caído recientemente"¹⁵.

Y aquí acaban las andanzas de este insigne inglés, por Navarra. Mientras, la diligencia se aleja. Al fondo, emergiendo entre los grises alcores, comienzan a distinguirse las torres de la ciudad de Tarazona.

14. La altitud del Moncayo es de 2.313 metros, por lo tanto está muy lejos de ser la más alta de la Península, título que ostenta el pico de Mulhacén, en Sierra Nevada con 3.478 metros.

15. Se trata del convento de PP. Agustinos orden dedicada a formar misioneros para las islas Filipinas. Por ello fueron excluidos del decreto desamortizador. Parece se inauguró en 1864, puesto que en esta misma fecha fue nombrado Vicerrector del mismo Fray José M^o de Learte, religioso tudelano, que en 1860, desde Filipinas, regaló el manto de Santa Ana. (M. Sáinz, "*Apuntes tudelanos*", artículo: "Sta. Ana").